

El patriotismo irlandés a un siglo de la rebelión de Pascua

Sergio Kiernan*

Tengo que comenzar por explicar que en la agenda de mi viaje a Dublín en marzo, para cubrir las festividades del Centenario del alzamiento de Pascua de 1916, no figuraba en particular la idea de explorar la idea moderna de Patria en Irlanda. Es un recorte realmente peculiar, porque el centenario era de la revolución que en 1921 culminó finalmente en la Irlanda independiente e incompleta que tenemos hoy. El énfasis de los festejos fue llamativo para quien conozca un poco de la historia que se conmemoraba: se subrayó por un lado la deuda que tiene el país con los patriotas que sacrificaron sus vidas por la libertad nacional, y por otro se destacó la simple alegría de que la República exista, que sea próspera como nunca fue la maltratada Irlanda, y que todavía exista una diferencia tan grande entre la utopía social de un Connolly y la aspiración a crear una sociedad mejor, y la realidad del país.

Había que parar un minuto y pensar en qué no se estaba destacando. Ni se mencionaba a los ingleses, ni siquiera a los Black and Tans. No se hablaba de la partición de la isla, ni de las décadas de violencia que originó la división. No se recordaban los espantos que habían llevado a los irlandeses, después de su terrible siglo 19, a concebir una revolución. De hecho, llamaba la atención la idea de rescatar los nombres de los soldados británicos, muchos irlandeses, que cayeron en esos días de batalla.

El foco estaba puesto en esos siete días en que los Voluntarios combatieron en Dublín, en su resistencia, en su testimonio de nacionalidad. El relato mezclaba el orgullo por lo que habían hecho - alzarse, pelear, mostrar coraje y convicción, pagar el precio final por sus actos- con la lucidez de haber acertado. De alguna manera misteriosa, la Rebelión de 1916 había finalmente encendido la mecha, había despertado algo entre los irlandeses. Nadie arriesgó una explicación concreta, pero los actos de los Voluntarios hicieron posible que un pueblo se imaginara libre. Esa es una utopía inesperada, mágica, intuitiva. El elenco de la revolución, que mezclaba gente al borde del misticismo, como Pearse, con sindicalistas con mucha calle como Connolly, hace todavía más inesperado el resultado. Es posible arriesgar que esa mezcla de actitudes, expectativas y discursos entre los fundadores de la nación moderna fue lo que finalmente le habló a todo el pueblo. Pero ese es un misterio.

A un siglo de la revolución y a casi un siglo de la retirada británica de casi toda Irlanda, es posible describir algunas cuerdas del patriotismo irlandés, o al menos de su idea de patria. Lo primero que hay que decir es que es una patria popular, "pequeña", sin ditirambos ni sonoridades. El patriotismo europeo desbarranca muy rápido hacia el nacionalismo, aun en las naciones periféricas y con historias de opresión. Es un patriotismo mezclado con la gloria militar, reflejada en la opulencia de los símbolos nacionales, los palacios, las panoplias de armas. La patria se representa con leones, águilas, con memorias imperiales.

En Irlanda la escala es diferente, como se podía comprobar en la emotiva muestra en las Barracas Collins, el cuartel militar que supo ser el centro del poder británico en la isla y es hoy un museo. La muestra por el centenario incluía las banderas alzadas en el Correo Central que, vistas en

* Periodista profesional y editor del domingo en *Página/12*, periódico nacional publicado en Buenos Aires. SUPLEMENTO *Ideas*, I, 4 (2020), pp. 31-34

una vitrina, mostraban que eran simples telas pintadas a mano, cosidas con una Singer, más que pabellones de gloria carteles para una manifestación. También había armas de los rebeldes, una colección de rifles todos diferentes, de explosivos hechos con latas de sopa o de té, de uniformes en parte militares y en parte de camping. Eran los objetos de un pueblo en armas, de una guerrilla, el tipo de equipos que se paga del bolsillo propio, con una colecta.

Esta escala la mantienen los monumentos públicos que, más o menos bellos, nunca derrochan gloria y son, justamente, memoriales, testimonios de gratitud a figuras sacrificiales, dolientes. Y esta escala la mantuvieron los cientos de irlandeses que en los días de festejo se vistieron como voluntarios, con un impermeable, una gorra, una bandolera y un rifle. A veces, y sólo a veces, se llegaba a un derroche de producción y aparecía algún sombrero de ala ancha, a la boer, lo más parecido a un uniforme propio que tuvo la rebelión. Literalmente, los rebeldes pelearon más de civil que de otra cosa, lo que reflejaban los tantos que posaron para fotos y selfies en plazas y parques en ese fin de semana largo de marzo. No debe haber una nación en el mundo que pueda con tanta sencillez mimetizarse con sus patriotas fundadores.

En parte esto es por la cercanía del tiempo, apenas un siglo, lo que hace que nuestros trajes sean todavía muy parecidos a los de 1916, los impermeables idénticos y las gorras exactamente las mismas. Pero la naturalidad con que se rindió este homenaje, la perfecta deferencia con que eran recibidos los que así homenajeaban, hablan de otra cosa: hay una identificación todavía viva y aceptada. Conviene destacar que ninguno, ninguno de los que posaban, portaban banderas y rifles, estaba "haciendo de" algún personaje famoso. Todos estaban vestidos simplemente de voluntarios, de cualquier voluntario, de alguno anónimo.

La gran paradoja de Irlanda es que sea una nación tan antigua y un estado tan joven. Para ver dónde empieza Irlanda hay que ir a la arqueología porque Irlanda es tan antigua como es Europa y evoluciona a la par del resto del continente con la única excepción de su posición geográfica externa, lejana. La isla sufre invasiones, como el continente, es un ir y venir de influencias y culturas, como el resto de Europa, es un refugio de cultura y de libros en los tiempos bravos de la caída de Roma. El corte es, por supuesto, en la Edad Media, cuando la expansión inglesa hace que un reino relativamente pequeño se consolide y parezca atacar en todos los rumbos: en Francia, en Gales, en Escocia, en Irlanda. Justo cuando Europa comienza a coalescer en la idea de nación, cuando descubre la idea política de un reino unificado bajo un monarca fuerte, Irlanda es invadida.

Con lo que hay que destacar que 1916 es también el centenario de la idea de que los irlandeses pueden tener un gobierno y solo uno. La forma de gobierno anterior a la república es la débil coalición de reyes y reyezuelos, de nobles en permanente trifulca, de división, de clanes y lealtades locales. Es Gran Bretaña la primera en gobernar toda la isla y las consecuencias son tremendas.

Irlanda bien podría haber desaparecido como idea de nación, como desapareció para todos los efectos prácticos el país de Gales, o podría tener una idea débil de nación, como la tiene Escocia. El primer misterio de este tema es cómo se mantuvo la identidad nacional por siete siglos en que Irlanda era la etiqueta de un regionalismo o de una aspiración imposible y minoritaria. Estos siglos son un fracaso para Irlanda, una demostración de que su pueblo no tiene viabilidad propia, un enorme argumento de inferioridad política, social y, según el discurso victoriano, racial. Y sin embargo, la idea, la llama, siguió viva y en cada generación se alzó, muchas veces violentamente, siempre derrotada.

Es el Renacimiento irlandés, forzado y a veces risible como fue en tantos aspectos, el que reinventa una idea de nación separada de lo británico y de la lengua inglesa. Cuchulain y Brian Ború, Erin y sus hermanas, bardos y santos, el arpa y la música, la respiración artificial al idioma irlandés, y sobre todo la idea de irredentismo, tal vez el último fruto del romanticismo europeo, la noción emocional, irracional, de la identidad irlandesa. En este contexto, el fracaso militar es testimonio, el horror de la hambruna es testimonio, la emigración masiva es testimonio. Y la palabra es un

arma: Irlanda se reinventa con palabras, con discursos, usando la elocuencia de su cultura. No es casual que la vieja bandera del exilio y la rebelión tuviera palabras: Erin a chuisse, Eringobragh.

¿Hasta dónde llegó esto al pueblo? Es difícil medir si estas preocupaciones intelectuales y de intelectuales tienen efecto en el pueblo llano. Los habitantes de las islas de Aran no se conmovieron mucho cuando comenzaron a aparecer dublineses bien vestidos que anotaban frases de irlandés puro para gramáticas populares. Pero el imaginario se debe haber contagiado de algo muy poderoso, una idea de orgullo de lo propio. En la década de 1870, aquí en la lejana Argentina, el periódico irlandés *The Southern Cross* exhibe un arpa como emblema y el fuerte lema de Tengo orgullo de mi fe, de mi estirpe y de mi raza...

Son estas ideas o este tono cultural las que llevan al combate los voluntarios de 1916 y las traducen a algo que cualquiera puede entender: irlandeses que se alzan en armas contra el dominio inglés. Hasta las *brideen* que los putearon y escupieron entre las ruinas de la ciudad terminaron cambiando de opinión a medida que los fusilaban: murieron como cristianos, murieron como patriotas, murieron como hombres de bien y como héroes.

Esta es una de las cuerdas del patriotismo irlandés, la del martirio a la manera cristiana, como testimonio de la fe. Es una idea, por supuesto, católica, pero los argentinos también somos católicos, como los italianos y los peruanos, y nada en nuestras historias políticas muestra una actitud así: la casi alegre ida al cadalso, la oferta de la vida propia por el renacer nacional. Nuestros patriotas mueren en combate, sable en mano, como héroes pero no como mártires.

Por supuesto que de la misma rebelión surgió una generación de líderes con otras prioridades en la cabeza, la de ganar la guerra y no dejar testimonio de nada. Michael Collins es el símbolo de esta actitud más fría, más decidida y tal vez cruel. Es otra tradición irlandesa, la que fundamenta el chiste de que todos los buenos generales británicos eran buenos porque eran irlandeses...

En 1916 comienza a nacer la república, pero la república no termina de abarcar a toda la nación. Queda esa entidad difícil de definir, Irlanda del Norte, el Ulster. Esto es un problema mayúsculo al que hay que prestarle atención también desde el imaginario. Irlanda es una isla y una no tan grande, imposible de definir como un continente, como se podría con las islas de Groenlandia o Australia. Una isla es un paisaje discreto, naturalmente contenido, que admite con dificultad las fronteras internas y lo hace cuando las diferencias son enormes, como ocurre en la Hispaniola dividida entre dominicanos y haitianos. Pero la división de la isla de Irlanda entre una república con mayoría católica y un muñón de la Unión británica creada con pedacitos de mayoría protestante es un artificio insostenible desde el imaginario. Los irlandeses de la república jamás pudieron dejar de sentir que no les faltara una parte del país, los irlandeses de la unión nunca dejaron de sentirse sitiados.

Con lo que la idea de patria está físicamente, concretamente incompleta. La República, en sus primeras décadas, sigue expulsando población, sigue siendo pobre, y para peor se achica culturalmente, asfixiada por censuras y provincianismos. Es independiente, pero sigue reaccionando como si fuera dependiente. Son décadas de aprendizaje pero también de acostumbrarse a la idea, de tomarla con más naturalidad.

Hoy, Irlanda ya no es un país anticuado, provinciano y pobre. Es un miembro de la Unión Europea sin censura, sin anteojeras, pleno participante del discurso intelectual mundial y con el orgullo de sus glorias literarias, destacadas como palacios. Es un país, de hecho, de un progresismo raro de ver en eventos patrióticos, como el hecho de abrir el desfile del centenario con una guardia militar de honor que llevaba las banderas de cada organización subversiva, terrorista, tirabombas y armada que existiera en 1916: los voluntarios, el ejército ciudadano, *cum naban*, los chicos de *Fiana Eirean* y varias más que superan mi erudición. De uniforme, jóvenes oficiales recibían como un premio y un honor portar esas banderas. Y hablando de banderas, me señalaron algo francamente llamativo para un argentino y supongo que para muchos más: que en este centenario los irlandeses

usaron su bandera tricolor con una naturalidad poco común. Según parece, el uso no institucional de la bandera –el uso de colgarla en el balcón, de llevarla en un palito a una marcha- se asociaba demasiado con los nacionalistas del Ulster. La bandera nacional estaba plenamente politizada de un modo difícil de entender para nosotros que, hasta en los momentos de mayor división, sentimos que la bandera es de todos. El presidente Higgins quebró su silencio obligatorio y pronunció un discurso en el Liberty Hall, el edificio de Connolly, que el mismo Connolly hubiera aplaudido y que era una dura crítica a lo que le falta al país para ser una democracia social plena.

Esto no quiere decir que Irlanda sea alguna utopía, de ninguna manera. Es un país con un sistema de clases que todavía hace que sea de buen tono pasar por inglés, ser un West Briton. Es un país donde la menor alusión a la inmigración despierta pasiones abiertas, con lenguaje raramente claro sobre árabes, musulmanes y negros. es un país que se mareó con el Tigre Celta y se creyó que era rico, un país que le regaló todo a los bancos y creó una clase nueva de empobrecidos. Pero también es un país modesto y simpático que inventó una rara división entre su cultura ancestral, que es discutida y vivida como folclore, como una manera de ser, y su patriotismo político. Este tipo de separaciones felices es muy rara y hace que la cultura irlandesa viaje bien, sea recibida con simpatía y haga sentir que nadie se queda afuera. Este logro es, para terminar, otro misterio.